

madre... ¡Todo lo perdono! ¡Oh naturaleza... un beodo te saluda!...

Y Ramírez cayó patas arriba. Los estudiantes reían como locos. Por las mejillas del pobre poeta del chaquet, bajaban resbalando algunas lágrimas, elaboradas allá adentro, donde él no tenía ripios...



## El vino de la boda

Cuarenta y ocho años de casados llevaban don Rosendo y doña Petronila, y cuando yo los conocí vivían solos, en una casa vieja, donde habían hecho el nido á raíz del matrimonio, criando luego cuatro hijos que al llegar á mozos volaron cada cual por su lado. No se oían ya en el hogar voces juveniles. El tiempo seguía dando empellones á ambos cónyuges, que vivían ya «formando cola» á la puerta del cementerio.

Doña Petronila, que andaba cerca de los setenta, se complacía en verse joven y lindamente ataviada en los daguerreotipos de antaño, y aun bordaba gorros para su marido, enhebrando los abalorios en la aguja sin necesidad de ponerse gafas; dirigía el tragón de la casa como

en sus buenos tiempos, y pasarse ella un día sin echar una ojeada á la comida, destapando cazuelas y sondando pucheros, era un milagro.

A don Rosendo, los ochenta años que tenía le habían comido las carnes como ochenta perros de presa, dejándole lo mismo que un hueso metido en un envoltorio de franela, bayeta y géneros catalanes.



Pero debajo de la calva, que parecía un erial con cuatro hierbas aquí y acullá, hervía un espíritu sano como el de un mozo de veinticinco años. Don Rosendo andaba algo encorvado, como si llevara un baúl á cuestas; tenía en vez de cara una castaña pilonga, y asentaba su cuerpo sobre la base caliente y mullida de unas zapatillas de alfombra, cuyas suelas, de tres dedos de grueso, daban al viejo la apariencia de un muñeco de esos que se mantienen siempre derechos, gracias á

un peso que tienen en los pies. Esforzabase don Rosendo en aparecer vigoroso y enérgico delante de los jóvenes, y lo que más le irritaba era que le diesen consejos higiénicos. Recuerdo un día en que se me ocurrió decirle que no debía beber agua en ayunas. Echóme tan burlesca mirada desde los pergaminos de su rostro, que me pareció que se refan de mi treinta generaciones.

—¡Tan tarantán!— me dijo.— Si habré vivido yo hasta ahora para que una albahaca mimosa, una madamita como tú, me venga con *teoremas*?...

Halléle en otra ocasión subido encima de una silla, dando cuerda á un reloj de pared. Djéle que á sus años no era prudente encaramarse á tales alturas, y me contestó así:

—Has de saber, muchacho, que hace sesenta años que hago lo mismo... ¿Cuándo podrás tú decir otro tanto?... Si me apuras un poco, me pongo á bailar unas sevillanas aquí mismo.

Bajó luego de la silla; abrió una alhacena; sacó un frasco pegajoso que contenía guindas en aguardiente; y después de tomar un piscolabis y de des-

colgar una guitarra que pendía de un ropero, se puso á tañerla suavemente y á entonar coplas de sus mocedades.

Vi sus manos como arañoses pisar y rasgugar las cuerdas, y oí la voz cascada del viejo que parecía sonar allá muy lejos, detrás de un montón de años, llegando hasta mí como ligero perfume de antiguas alegrías medio enterradas, que aun tenían fuerza para esparcir en el aire el acento melodioso de la juventud pasada...

\*  
\*  
\*

Una vez invitóme don Rosendo á comer con él el día de su santo. Éramos cuatro los convidados. Nunca olvidaré la jovialidad del anciano, ni las galante-rías y arrumacos que dedicaba á su esposa. Lucía en sus ojuelos el cariño puro y limpio de la vejez, extraído de entre las miserias de la vida como el oro del mineral deleznable; y á todos nos miraba paternalmente, como hombre que había sabido libar alegría en el largo camino recorrido, y almacenarla luego para los días nebulosos del invierno.

Yo estaba admirado, viendo á entrambos vejesterios como dos plantas mustias enlazadas aún, con los tallos secos, pero erguidos, chupando jugos de juventud yo no sé dónde.

—Debió de ser usted siempre un hombre feliz, don Rosendo,—le dije.

Volvióse hacia mí la castaña pilonga y contestóme:

—De todo hubo, chiquillo, de todo hubo; pero con aquello de á mal tiempo buena cara, se fué pasando... Hoy no me cambio por ti, ni por ninguno de treinta. Aquí donde nos ves á mí y á Petronila, estamos pasando ahora otra luna de miel, ¿entiendes? Una luna de miel, hijo, muy espiritual y serena... Y hasta nos besamos á nuestro modo. ¿Sabes lo que ahora le gusta más de mí á Petrolina? Pues un lunar que tengo en la boca: me gusta comer poquito y bueno, muchacho, y ella me acaricia ese lunar vigilando á la cocinera... ¿Comprendes ahora, rapazote?

—Comprendido, don Rosendo.

—Bien, pues ya lo sabes; lo andado, andado está, y cuando uno no puede dar sombra, debe resignarse á dar leña...

Estando en esto, oímos un estallido que sonó en una alhacena cercana á la mesa donde comíamos. Levantóse súbitamente don Rosendo á ver lo que pasaba. Emocionado y tembloroso registró la alhacena... Había estallado una botella de *Champagne*, quedando desgoletada. La mitad del vino habíase derramado.

Empuñó el anciano la botella rota y espumante; y luego, con aire caviloso y ensimismado, volvió á sentarse en su sitio. Todos respetamos callando el silencio del viejo. Estuvo un buen rato con los ojos entornados, aislado, como quien ve y escucha en su propio cerebro una larga historia que sólo vive allí; después, mostrándonos la botella quebrada, habló así aquel hombre que parecía esculpido por la muerte con la punta de la guadaña:

—¿Veis ese vino?... Tiene medio siglo. Es un recuerdo de nuestra boda. Ahí está desde entonces embotellada esa alegría, que hoy le dió por reventar... ¿Te acuerdas, Petronila? ¡Qué día aquel, chiquillos! Estoy viendo aquí á todos mis amigos y parientes, de los cuales no

queda ni uno... Allí estaba sentado mi padre, que en paz descansa; aquí mi tío el boticario, que tartamudeaba en verso después de beber *Champagne*... ¿Te acuerdas, mujer, cuando tú cogiste esas botellas y las guardaste en la alhacena como recuerdo de aquel día?...

Vi una lágrima en los ojos de la anciana. Hizo una pausa don Rosendo. En el vino dorado de la botella hervían los recuerdos escondidos, y después subían, subían, vivos, resucitados, esparciendo en el aire la alegría de antaño.

—No llores, hija,—continuó don Rosendo,—que si una estalló hoy, otras tres quedan aún... Este vino, que es para mí una reliquia, debéis de probarlo todos. Yo beberé el primero... y fuera penas.

Escancióse un vaso, y brindó así con voz temblona:

—A la salud de todos bebo, muchachos. Habéis de hacer siempre el bien, que es la única semilla para recoger en la vejez flores alegres... ¡Dichosos nosotros, Petronila, que supimos conservar el vino de la boda, y aun hoy, al despedirnos del mundo, tenemos humor y

fuerzas para llevar á los labios aquel Champagne que tú guardaste en la alhacena!...

Dijo, y bebió. Después bebimos todos en silencio.



## Cosas del tiempo

A medida que va uno «lenta, pero continuamente» entrando en años y en almanaques, toma cada día más tirria... á don Mariano Castillo, el zaragozano, que casi es quien tuvo la culpa de que haya años.

No hay poeta que al verse sin muelas y sin ilusiones, no haya cantado con amargura los estropicios del tiempo, y no hay mujer que al arrancarse una cana tristemente, no piense en si hubiera sido mejor habérsela teñido... No es fácil disimular la edad; el tiempo es cruel; sella donde se ve, y tiene patas de gallo para pisotear el rostro más hermoso. No valen tintes, no sirven afeites; el enemigo no se deja enterrar, y cuando menos se piensa, le pega á uno la fe de bautismo

en las narices... ¡Cuántos hombres enviarán á los caballos, que tienen ese documento escondido en la boca!

¡Un año nuevo! ¡Un calendario más! Tengo delante de mí un almanaque americano; no es *separatista*: está arrimado á la pared, y además cuelga de un clavo como de una horca. Hace doce meses estaba completo, intacto; era el porvenir empaquetado, era el tiempo hecho papeles... Una por una arranqué yo sus hojas, como si me arrancara tiras de la piel... Fué un martirio, una operación quirúrgica que consistía en arrancar de la vida un *día... todos los días...* ¿Almanaque de pared? Jamás. Prefiero el *Zaragozano*, que anuncia las nevadas, las ferias, los mercados... y la contribución, todo sin necesidad de ir poco á poco dejándose consumir á bocados.

Me arrepiento de haber mirado con malos ojos á don Mariano, que logró ser profeta en su patria, y siempre se adelantó á su tiempo doce meses escribiendo *¡el almanaque para el año que viene!*

\*  
\* \*

Dicen los ingleses que el tiempo es oro... Puede ser sea así allá en el extranjero, porque lo que es en España, «en la conciencia de todos está» que no es ni cobre. ¡Oro! ¡Sueños de la rubia Albión! Que se sepa (por *La Correspondencia*), no queda aquí «más precioso metal» que el de las cuarenta onzas que regaló un marqués á la señorita de Suárez Inclán, con motivo de boda, y el de una doblilla isabelina que dicen se pone como alfiler de corbata don Tomás Castellano, los días que repican gordo.

En punto á moneda, vivimos entregados á la raza canina, á los perros, grandes y chicos, es verdad; pero lo que es tiempo nos sobra para todo, y aún lo perdemos de muy buena gana oyendo discursos y leyendo «declaraciones» de cualquier prohombre, que se empeña en hacernos felices... sin cobrarnos un cuarto.

Si el tiempo es oro, á ver, hipotecarlo, gestionar un empréstito, venderlo, ahora que estamos con el agua al cuello y Silvela dice que está el porvenir preñado de catástrofes, dispuesto á parirlas cuanto antes...

¡Ah, si el tiempo fuera oro aquí como lo es en otras partes!

Para nosotros es el que tiene la culpa de que no haya «plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague»... á Comillas, que es el hombre de la deuda *flotante* en el Océano... ¿El tiempo? Hace años era, si mal no recuerdo, órgano de Toreno; hoy solemos utilizarlo, muy sabiamente, en las Universidades para vacunaciones, en las oficinas para firmar nóminas, y en política para oír discursos.

Y vamos viviendo. ¡Pidan ustedes más sabiduría!... ¿Debemos dinero? Eso honra. Recuerdo un personaje de Shakespeare, que decía hablando de otro con gran respeto:— ¡Es hombre que ha tenido deudas!

Así nosotros, aunque no tengamos oro y echemos el tiempo á perros... chicos, podremos decir mañana, cuando suene la hora de las liquidaciones:

— ¡Somos una nación que ha tenido deudas!



## El señor de Bergamota...

(FRAGMENTO)

Conocí á don Cecilio hace muchos años. Era un mortal de esos de quienes dice la gente: «es todo corazón». Tachábanle las mujeres de ser muy grueso, de no llevar el sombrero de copa como lo saben hacer los elegátes, y de vestir en todas las estaciones del año gabán claro. Recuerdo también que solían consultarle maliciosamente la hora que era, por el placer de verle en un aprieto. Don Cecilio no estaba fuerte en números romanos. ¡Terrible momento! El pobre señor se sentía de pronto acatarrado, tosía cuatro ó cinco veces, y al cabo de medio minuto, durante el cual se consideraba el hombre más infeliz y más constipado de la tierra, daba la contestación.

También es cierto que don Cecilio, tras fatigosos escarceos, había ideado el medio de salir airoso en casos semejantes: abría su cronómetro, se lo ponía delante de los ojos al preguntón ó á la preguntona, y lo metía en el bolsillo al instante.

Estos eran defectillos de poca monta. En cambio poseía el solterón (lo era) mil cosas que le favorecían. Leontina como la de su reloj no la habían visto ojos humanos. Era de oro macizo. Parecía una cadena de levar anclas. Y en punto á poseer rentas, no había en el pueblo dos que le pusieran el pie delante. La voz pública decía que don Cecilio nadaba en oro.

Claro está que, pesado aquello del gabán claro y de los números romanos con la leontina, los talegos y el corazón del buen señor, la balanza había de inclinarse hacia este lado. Y se inclinaba.

«Es un bello sujeto este don Cecilio», oí decir muchas veces. «Es una excelente persona; todo se lo debe á sí; es una proporción»; decía la gente, y decía verdad. Don Cecilio era un saco de bondades, arrojado por azar en la población.

¡Cuántas veces don Cecilio, entre nubes de incienso y escuchando frases lisonjeras que le parecían cánticos sublimes, se había creído transportado hasta los mismos cuernos de la luna! Y ¡cuántas otras había descendido cayendo de bruces en este mísero planeta! Sí; á don Cecilio le faltaba pronto la vanidad que le hacía volar en un principio, y descendía estropeado como los aereostáticos cuando se les escapa el hidrógeno.

Él contestaba siempre á las lisonjas y á los halagos del mundo, diciendo: «es favor que me hacen»... Pero su alma se inundaba de un placer tan puro, de una alegría tan grande, que no cabiéndole dentro á don Cecilio, le salía al rostro en forma de sonrisa.

Eran estos los momentos felices del buen hombre. No cambiaba él *un ratito así* por muchos puñados de oro. Aquello era «la satisfacción de la conciencia, la felicidad que proporciona la honradez, la tranquilidad de espíritu tan envidiada»; era, en fin, otra porción de frases hechas que desfilaban por el cerebro de don Cecilio. Eran estas las ocasiones en que mi conocido enchufaba los bra-

zos en las mangas de su gabán color barquillo, empuñaba el pesado bastón de espuela de caballero, bajaba la escalera, y después de pararse á la puerta de su casa y de echar una ojeada á los balcones de enfrente, salía andando lentamente á dar un paseo por la población. La casa le sofocaba; tanta felicidad no podía estar entre cuatro paredes; así como la dicha no le cogía en el cuerpo, él no cogía en casa: era preciso ver el cielo, los árboles, los edificios, mucho horizonte...

Por don Cecilio no pasaban años. Conoció más de dos lustros diciendo que rayaba en los treinta y ocho. Había venido de América con muy buena fortuna, adquirida en tenaz lucha con la inercia; ni trampas ni marañas había en su carrera mercantil, como en la de muchos que él pudiera citar con sólo preguntar á sus recuerdos. Su trinchera había sido el mostrador; de la parte de fuera, el enemigo miraba, interrogaba, regateaba los precios con una insistencia endiablada; pero él firme, ni un paso atrás. El lujo, la miseria, el desparpajo, la honestidad, la codicia, y Dios sabe cuán-

tos vicios y virtudes en continuo revoltillo, le habían hecho frente; pero en vano. Don Cecilio siempre clavado en su sitio. Retroceder era morir. Él no retrocedió. A otros, el sol de América, aquel sol que hace hervir los mares, les había evaporado la salud, les había acecinado el rostro, y todos los tesoros de la isla no bastaban para curarles las enfermedades del hígado; á él, al contrario, cuando aquellos rayos hirieron su vista y calentaron su cerebro, surgieron en su mente ideas nuevas, mundos ignotos para él hasta entonces... ¡Cuántas veces rendido por el trabajo, asomado á la ventana de su cuarto había contemplado con lágrimas en los ojos los últimos fulgores del sol, que hundiéndose en las olas iba á alumbrar á su patria!

. . . . .

